

CAPRICHOS

Por RAMON GOMEZ DE LA SERNA

ILUSTRACIONES DE LUIS MACAYA

(Para LA NACION) MADRID, agosto de 1923.

y de sus gestos, moviendo la compasión de ella, porque entonces reconocía que el amor de aquel joven no era el amor osado, sino el amor rendido, el amor que venera los talentos ocultos en la adorada.

Elisa amaba a su marido y no quería que tuviese la mala sombra, que ya lleva tras sí el marido engañado.

El trovador la cercaba cada vez más con insinuaciones que eran de pasión, aunque estuviesen siempre envueltas en todos los disimulos. Sabía que ella hacía unas pantallas en que, mojado pinceles en los aceites suaves de sus perfumes y brillantinas, imita-

—Este tomaba parte en uno de sus más célebres matches de boxeo... Yo asistía por primera vez a una de esas fiestas... Estaba en las primeras filas... Comenzó la pelea, y cuando estaba en lo más encarnizado, siento que cae algo en mi falda... Un diente de éste, partido de raíz... Confieso que lo cogí con escalofrío, con horror... Pero éste, que se había dado cuenta de lo sucedido, al final de la lucha me dirigió tal sonrisa que sonrió el diente que tenía en mi falda, y a la salida me acompañó y quedó juramentada nuestra amistad eterna.

—¿Figúrense ustedes — dijo el boxeador —, la Providencia la había señalado entre todas las mujeres! ¡Fué a parar a ella mi diente!

—Pues ahora — dijo la "ella" del otro matrimonio — voy a contarles cómo nos casamos nosotros...

—Mujer, no es cosa... — repuso entrecortadamente el marido.

—¿No nos han cortado ellos lo del diente?

—Cuenta, cuenta — dijo entonces el marido resignado.



todo en su trato al servirles la pócima era de enfermera sábele que ha batido tisanas de enfermos.

Pero ella se iba quedando cada vez más pálida y daba cada vez una mano más fría, hasta que un día se desmayó de palidez y frialdad, encontrándose los que acudieron a ella que estaba yerta, helada de tanto manejar el cubilete de los pedazos de hielo, apagando su sangre, corroyéndose de frío.

EL CIRCO DEL BARON DE ORMANS

Era uno de los pocos circos privados de Europa, circo para el Barón y sus invitados, con todo el aire y las luces de los circos, siendo la medida de la pista la que ha aceptado la convención universal de los circos.

La última función había acabado, y el Barón, como siempre, se había quedado con la más bella artista después de despedir a todos sus invitados y dejar irse como completos todos los carros y carrozas del circo.

Nadie había notado el escamoteo de Odette, la "écuyère" del elefante blanco, y ya serían las cinco de la mañana.



cuando el único que se había dado cuenta de la desaparición de la artista llamaba al eslabón, en forma de media luna, del portón del palacio.

Toda la servidumbre, consternada ante los fuertes eslabonazos, se asomó a las ventanas y vio que un elefante blanco zarandeaba con potencia de latigullo el eslabón que despertaría a toda la ciudad, si Odette, la amazona de elefantes, no se subía pronto en la ancha frente del monstruo como una idea feliz de su sombría chola.

Odette trepaba a los pocos momentos sobre la frente de piedra del elefante y pasaba por los bulevares de la ciudad como una "corbelle" trasnochada.



LA CUERDA DEL AHORCADO



O se suele dudar de la aspiración al suicidio que tiene el que se ahorca, y yo sostendría que la mitad de los que aparecen ahorcados han sido cogidos contra su voluntad.

En el castellano pueblo de Encinas comprobé no hace mucho esta nueva versión de los ahorcamientos.

Había aparecido ahorcado de un montante de su casa don Blas, un caballero que vivía solo, pero que no tenía desesperación conocida, pues era ingeniero, tenía dinero y era escéptico.

Estaba muy bien coigado y a sus pies yacía tirado el banquillo que le había servido para subir al sordido patíbulo del suicida.

No cabía duda que aquél había sido un acto voluntario de desaparición.

Yo cogí la cuerda, porque dicen que es tradición que da la buena suerte, y comencé a estudiarla, cambiando impresiones con todos los que entendían de cordaje.

—Ese es un estrobo — me dijo el pellejero del pueblo —. Yo los he usado a veces para suspender del techo las botas llenas de vino; los tejan en el Penal de Alcalá de Henares.

—¿Y cómo un hombre como don Blas podía tener tan rara cuerda?

El pellejero se quedó pensativo. So veía que no quería decir algo sombrío y comprometedor.

—Esta cuerda — dijo con mucho misterio — no era de don Blas... Esta cuerda es de un licenciado del presidio de Alcalá, que vive en el pueblo do al lado, que venía a afeltar a don Blas un día sí y otro no...

Dimos parte a la justicia y todo quedó descubierto. El barbero, el día del supuesto suicidio, le había puesto paño blanco y lazada al irle a afeltar, en esa entrega llena de confianza que se hace al peluquero. El criminal entonces no tuvo más que apretar sin compasión y después colgarle.

Revisen y estudien siempre toda cuerda o cinto de ahorcado.

LA HERMANA AUXILIADORA

Fina, con rubiez de luz en toda su carne, encandiló de pasión al joven amigo de la casa, al que se sentaba en el otro sillón, mientras el marido ocupaba el parejo, y ella, como un pavo real, se sentó en el sofá.

Elisa se dio plena cuenta, y a veces se volvía hacia él con gesto de quererle asustar, abriendo mucho los ojos, encarándole con toda valentía.

El entonces se arrepentía y tomaba junto a ella un aire confidente, de admirador de la finura de sus palabras



ba figuras de ensueño que se transparentaban gracias a la trasparencia que impone el aceite al papel, y siempre estaba pidiéndola una de aquellas pantallas, pero no como quien pide tan sencillo cucurrucho, sino como si la pidiese para pantalla su alma transparente.

Elisa pensó entonces en su hermana Isabel, tan parecida a ella y mucho más joven y también poseedora de aquella rubiez ígnea que perturbaba a los que se acercaban mucho a ella. La invitó a venir del pueblo y preparó la cena de la seducción, haciendo que se sentase el trovador en la mesa familiar.

El trovador se quedó maravillado del parecido, y encontró en Isabel aquella cosa exótica que le atraía en Elisa.

A la luz de las dos hermanas lo comprendió todo: el porqué estaba allí Isabel y el porqué en la hora embriagada de después de comer les habían dejado frente a frente, mientras Elisa encendía el despacho y el esposo, vuelto de espaldas, enrollaba un rollo de la pianola, despertando los vientos del papel.

El trovador pensó no volver. Isabel, joven y nueva, no valía lo que aquella mujer que había llorado ya la derrota de haber sido casada, pero que era la mártir de la alegría pequeña del matrimonio. Aquella llamada a la hermana revelaba un deseo tan angustioso de exilio, que la hacía respetable. No volvería a la casa bajo ningún pretexto, porque en la vida desespera de amor lo macerado y horripila muchas veces lo reciente y verde, lo que puede tener orgullos repugnantes de felicidad, ostentosa de excesiva novia.

EL DIENTE DEL BOXEADOR

La pareja de intrépidos matrimonios se hacían confidencias.

—¿A que no saben ustedes por qué nos casamos nosotros?

—No, pero será interesante; cuente, cuente...



—Ibamos en un viaje al Norte y nos tocó la misma mesa en el coche-restaurante... El mozo de la cobranza, al ir a cobrar, se dirigió a nosotros, nos miró y nos dió la cuenta juntos... Aquello nos matrimonio como sucede en las películas, con la intervención de un cura protestante, también con el cuello de la americana subido sobre un cuello blanco de tirilla que sólo enseñaba el filo... Una cosa así como un mozo de estipín.

EL HADA DE LOS COCKTAILS

No se sabía qué clase de hada había de ser aquella dama bella, juncal, risueña como se sonríen las esculturizadas en Pagodita.

¿Hada de descubrir paisajes en su automóvil, siempre lleno de amigos? ¿Hada de dar recepciones en que conocer a las más bellas mujeres que se ocultan? ¿Hada de pintores? ¿Hada de poetas?

Hasta un día que comenzó a hacer cocktails no se dió nadie cuenta que era el hada de eso, de los alcoholes variados, de las ?)presas variantes y detonantes, de las bebidas que confusionalan el espíritu metiéndole en arcos irris diferentes.

Todos acudían a tomar aquellos cocktails maravillosos, y ella se pasaba las tardes tramando bebidas, componiendo explosivos, superponiendo voluptuosidades y batiendo pecados.

Sabía cuál era para el barbilampiño que tenía cara de soñar demasiado y cuál para el moreno que la pedía el cocktail como si la pidiese un vaso de su propia sangre.

Dormía a las cockteleras como a niños, ervolviéndolas mientras las mecía en pañales de encajes.

Daba a cada uno el cocktail de la buena suerte, el que exaltaba su destino, el que era medicina de sus melancolías. Aun metiendo en dafinos alcoholes a los hombres, les curaba, y